

¿Olvidados o no amados?

Por qué la educación superior de América Latina merece algo mejor de la filantropía

Septiembre 2021

Las consecuencias económicas de la pandemia de Covid-19 tienen un largo camino por recorrer. Dado que muchos países todavía luchan por responder al terrible impacto de la enfermedad, hay una región que se ha visto mucho más afectada que cualquier otra: América Latina. El Covid-19 está teniendo un impacto particularmente devastador en la educación superior de la región.

Los datos económicos cuentan una historia sombría. Si bien el PIB mundial retrocedió un 3 por ciento en 2020 en respuesta a la pandemia, la contracción del 7 por ciento en América Latina fue la más aguda del mundo. Toda una serie de datos de respaldo explican el sombrío telón de fondo de las universidades de América Latina. Según el FMI, se estima que la pobreza aumentó en 19 millones de personas y la desigualdad aumentó en un 5 por ciento en comparación con los niveles anteriores a la crisis. Se prevé que la pandemia deje un daño duradero al capital humano debido al cierre de escuelas, que fue más prolongado que en otras regiones.

Es una imagen desigual. Chile, que se beneficia de una de las tasas de vacunación más altas del mundo, probablemente verá su economía recuperarse este año a su nivel de PIB previo a la pandemia. Gran parte del resto del continente se ha visto obstaculizado por los lentos programas de vacunación. Es posible que no se conozca el verdadero alcance de la pandemia durante algún tiempo. Pero una evaluación aleccionadora del periódico *The Economist* indica que América Latina y el Caribe han tenido, durante la pandemia, las tasas de exceso de muerte más altas del mundo.

Esto tiene implicaciones a largo plazo para el financiamiento de la educación superior.

Según el informe *Education Finance Watch 2021* del Banco Mundial, dos tercios de los países de ingresos bajos y medianos bajos han recortado sus presupuestos educativos desde el inicio del Covid-19. Un tercio de los países de ingresos medianos altos ha reducido sus presupuestos de educación. Advierte que "estos recortes presupuestarios han sido relativamente pequeños hasta ahora, pero existe el peligro de que los recortes futuros sean mayores, ya que la pandemia continúa cobrando su precio económico y la situación fiscal empeora". Es probable que las universidades latinoamericanas sientan la peor parte de este dolor económico dado que su economía ha sido la más afectada.

La lógica podría sugerir que la filantropía internacional bien puede intervenir y mitigar los peores excesos financieros de la pandemia en la educación superior. Pero la evidencia de eso parece poco convincente.

El rastreador de filantropía global 2020 de la Universidad de Indiana concluye que la filantropía transfronteriza supera los 834.000 millones de dólares. Si bien América Latina es un gran beneficiario de las remesas, una forma de filantropía determinada por la Universidad de Indiana; la filantropía privada, la cual consiste en las donaciones de fundaciones y fideicomisos, sigue siendo baja. Desde nuestro punto de vista, sigue siendo extraordinariamente así.

Según el Centro de Filantropía de la OCDE, alrededor de \$ 1.6 mil millones en filantropía se destinaron a América Latina de una muestra de las 30 fundaciones filantrópicas más grandes del mundo. El 90 por ciento de eso fue bombeado a la región por la Fundación Microfinanzas BBVA, un brazo de una institución financiera española. Menos de 200 millones de dólares se destinaron a causas más allá de las microfinanzas.

La Fundación Gates representa la ilustración más sorprendente de cómo se pasa por alto a América Latina y el Caribe en comparación con el resto del mundo. Entre 2010-19, las donaciones globales de Gates superaron los 67.000 millones de dólares. Pero, según los propios datos de Gates, el financiamiento directo a América Latina es insignificante.



Bill Gates

Fotografía: Kuhlmann / MSC

Las universidades de la región recibieron apenas 24 millones de dólares en esos diez años; por el contrario, las universidades europeas recibieron más de 2.000 millones de dólares. En 2019, Gates otorgó 1.600 millones de dólares a 202 universidades de todo el mundo. Ninguna de esas universidades estaba en América Latina.

No es solo Gates quien ha cancelado los fondos para

América Latina. Las estadísticas de la OCDE sugieren que algunas de las mayores fundaciones estadounidenses han estado refrenando los fondos para la región. La financiación filantrópica puede ser desigual, por lo que queda por ver si las caídas en la financiación son permanentes. Pero el punto no es menos relevante. ¿Por qué las grandes instituciones filantrópicas de Estados Unidos son tan ambivalentes en cuanto al apoyo a la filantropía en América Latina, y especialmente a la financiación de la educación superior latinoamericana?

Parece que no hay una respuesta clara. Una explicación proporcionada por un alto funcionario de la UNESCO es que existe una feroz cultura de independencia entre las universidades de América Latina. Aceptar donaciones de fuentes externas, especialmente de donantes extranjeros, conlleva el riesgo de que se vea comprometida la imparcialidad.

Ésta es una característica que puede distinguir a América Latina de otras culturas regionales. América Latina ha mantenido un enfoque de investigación de acceso abierto no comercial de larga data en el que la publicación científica está a cargo de instituciones académicas. La producción académica (la producción, publicación, distribución y consumo de literatura de investigación) ha operado históricamente sin tarifas y ha sido financiada principalmente a través de fondos públicos destinados a la educación y la investigación, principalmente a través de instituciones académicas. Está creada para una cultura menos "comercial".

Pero si bien la independencia académica puede ser la explicación en algunos casos, es probable que existan otras razones. Después de todo, los argumentos de integridad académica no han impedido que instituciones de otras partes del mundo accedan a la filantropía internacional.

Otra explicación dada es que las universidades en América Latina a menudo están sujetas a agendas de investigación que tienden a tener un enfoque más regional que global.

Por ejemplo, se informa que Brasil gasta alrededor de mil millones de dólares al año en investigación agrícola, lo que refleja la importancia de la agricultura para su economía.³ Pero eso no parece contar mucho con fundaciones como Gates, un importante financiador de cultivos y ciencias de agricultura.

Un argumento más persuasivo tiene que ver con la visibilidad, la cultura de recaudación de fondos y la infraestructura. La escasa visibilidad y las oportunidades limitadas de participación, agravadas por la barrera del idioma, pueden contribuir a que América Latina se pierda el auge de la filantropía global, que será una característica de la próxima década.



Universidad de Guadalajara *Fotografía: Roman Lopez*

La Universidad de Indiana explica que “un aumento global de individuos y comunidades de la diáspora de ingresos medianos y altos patrimoniales generará una mayor participación en la filantropía transfronteriza”. También sostiene que la tecnología hará que las donaciones caritativas transfronterizas sean más fáciles, rápidas y seguras. Lógicamente, las universidades de América Latina deberían estar bien ubicadas para aprovechar el aumento de las donaciones globales, ya que gran parte de la riqueza filantrópica reside en Estados Unidos y goza de profundos vínculos sociales, comerciales y económicos con América Latina.

Pero, ¿es simplemente una cuestión de líderes universitarios en América Latina abriéndose camino para que los financiadores en Silicon Valley o Nueva York presenten sus productos? Ese modelo está comenzando a parecer obsoleto y huele a inequidad, recompensando a las instituciones con los recursos para invertir en esfuerzos de participación significativos y preparar aplicaciones similares a las de adquisiciones. Es necesario un cambio de mentalidad entre algunas de las grandes instituciones financieras de EE. UU. Sobre dónde deberían invertir su capital a nivel internacional y cómo deberían identificar las instituciones que más lo necesitan y dónde es mayor el potencial.

Estados Unidos debería preocuparse por América Latina y sus universidades. Las universidades importan porque son caminos para salir de la pobreza y pilares de una sociedad estable. El conocimiento que emana de una universidad beneficia a todos, a nivel de estado-nación y a nivel mundial. El examen de conciencia actual en los EE. UU. Sobre la desigualdad racial es, en verdad, el prelude de una conversación mucho más amplia sobre una mayor equidad global que desafiará, perturbará y sacudirá a la sociedad estadounidense en la próxima década. Los patrones de financiamiento filantrópico universitario existentes, sesgados como están, a menudo hacia instituciones privilegiadas en el norte global, ya parecen estar fuera de sintonía con el zeitgeist.

La incómoda verdad es que la filantropía institucional estadounidense ha reforzado durante demasiado tiempo un sesgo anglosajón o europeo occidental que parece ser diferente a la América moderna, en la que casi el 20 por ciento de su población es hispana.

Los vehículos históricos del poder blando de Estados Unidos, sus fundamentos filantrópicos, podrían y deberían hacer una contribución mucho mayor en el apoyo a las instituciones del sector de educación superior excelente y de larga data de América Latina. El hecho de que haga tan poco es un reflejo deficiente del liderazgo actual de este colectivo en rápido crecimiento.